



Dino Buzzati
Las noches difíciles

TRADUCCIÓN DE ATALAIRE

En 1971 aparecía «Las noches difíciles» del escritor italiano Dino Buzzati y con él, el último libro de relatos publicado en vida del autor, que moriría al año siguiente. El libro reúne treinta relatos, cuya selección fue hecha por el autor, combinando material en parte, inédito, y en su mayoría ya publicado en el *Corriere Della Sera* y diversas revistas. En ellos se hacen presentes todas las obsesiones del mejor Buzzati: la dimensión misteriosa de lo real, el sentido del tiempo y de la espera, la pesadilla del miedo y de la muerte... Todo ello apenas velado bajo la ironía y la capa engañosa de lo cotidiano y lo trivial: «Lo fantástico debe desembocar en una forma de realidad», afirmaba Buzzati.

EL COCO

El ingeniero Roberto Paudi, miembro del consejo ejecutivo de la COMPRAX y asesor de urbanismo, se puso hecho una furia al sorprender una noche a la niñera Ester que, para sofocar una rabieta del pequeño Franco, le decía: «Si no te portas bien, esta noche vendrá el Coco».

Era intolerable, según él, que para educar a los niños se siguiese recurriendo a estúpidas supersticiones que podían crear en tan tierna psique deplorables complejos. Le echó un sermón a la chica, que se marchó llorando, y él mismo metió en la cama al niño, que en seguida se tranquilizó.

Esa misma noche el Coco, levitando a media altura como era su costumbre, se presentó en la habitación donde el ingeniero Paudi dormía solo, deparándole unos instantes de desasosiego.

El Coco, como es sabido, adoptaba, según los países y costumbres locales, diferentes formas. En aquella ciudad, desde tiempo inmemorial había asumido la apariencia de un gigantesco animal de color negruzco, cuya silueta estaba a medio camino entre el hipopótamo y el tapir. A primera vista horroroso. Pero si se le observaba detenidamente con mirada desapasionada, se descubría, por el rictus bondadoso de su boca y el destello casi afectuoso de sus pupilas, relativamente minúsculas, una expresión que podía serlo todo menos malvada.

Lógicamente, ante circunstancias de una cierta gravedad, podía infundir una ligera zozobra, e incluso miedo. Pe-

ro por lo general cumplía su cometido con discreción. Cuando se acercaba a la camita del niño al que había que reprender, ni tan siquiera le despertaba, limitándose a penetrar en sus sueños donde dejaba, eso sí, huellas imperecederas. De hecho es de sobras conocido que incluso los sueños de las más tiernas criaturitas tienen una capacidad ilimitada y acogen sin esfuerzo monstruos mastodónticos como el Coco, los cuales pueden deambular por ellos a su antojo y en plena libertad.

Como es natural, al presentarse ante el ingeniero Paudi, la antigua criatura no puso una cara demasiado simpática, todo lo contrario, adoptó la fisonomía, agigantada por supuesto, del profesor Gallurio, nombrado dos meses atrás interventor extraordinario de la COMPRAX, sociedad que estaba navegando por difíciles aguas. Y este profesor Gallurio, hombre severísimo por no decir intratable, era precisamente la bestia negra de Paudi, cuya eminente posición en la empresa, en semejante régimen de excepción, podía verse seriamente amenazada.

Paudi, despertándose envuelto en un sudario de gélida transpiración, tuvo tiempo de distinguir al visitante que se escabullía a través de la pared (la ventana no habría sido suficiente para semejante mole) mostrándole la monumental cúpula de su trasero.

A la mañana siguiente, Paudi se guardó muy bien de pedirle disculpas a la pobre Ester. El haber constatado personalmente que el Coco existía de verdad no hacía más que acrecentar, junto a su indignación, la firme determinación de hacer todo lo posible para sacar de en medio a aquel tipo.

Durante los días siguientes, en tono de broma por supuesto, fue sondeando el terreno con su mujer, sus amigos y colaboradores. Y se quedó muy sorprendido al descubrir que la existencia del Coco era algo que se daba generalmente por descontado, cual clásico fenómeno de la naturaleza, como la lluvia, el terremoto o el arco iris. Sólo el doc-

tor Gemonio, de la oficina jurídica, pareció aterrizar de las nubes: sí, cuando era pequeño había oído hablar vagamente del asunto, pero luego había tenido sobradas pruebas de que era una necia fábula sin sustancia.

Como si intuyese su acerba hostilidad, el Coco desde entonces empezó a visitar con mayor frecuencia al ingeniero, siempre con la desagradable máscara del profesor Gallurio, haciéndole muecas, tirándole de los pies, sacudiéndole la cama, y una noche llegó al extremo de acurrucarse sobre su pecho, de tal modo que casi le ahoga.

No debe extrañarnos por tanto que Paudi, en la siguiente reunión del Pleno municipal, hablase de ello con algún colega: ¿acaso se podía tolerar, en una metrópolis que se vanagloriaba de estar en la vanguardia, la perpetuación de semejante superchería, propia de la Edad Media? ¿No había llegado el momento de hacer algo de una vez por todas, con medios definitivos?

Primero fueron fugaces *pour-parler* entre pasillos, intercambios informales de puntos de vista. En breve, el prestigio del que gozaba el ingeniero Paudi le dio vía libre. No habían pasado todavía ni dos semanas cuando el problema fue planteado en el Pleno municipal. Ni que decir tiene que, en previsión del ridículo, en el orden del día no se mencionaba al Coco sino que en el punto 5 se aludía únicamente a «Un deplorable factor de turbación del descanso nocturno de la ciudad».

Contrariamente a lo que Paudi esperaba, no sólo el tema fue tomado por todos en seria consideración sino que su tesis, que podía parecer obvia, encontró una enconada oposición. Se levantaron voces en defensa de una tradición tan pintoresca como inofensiva que se perdía en la noche de los tiempos, subrayando el carácter en definitiva inocuo del monstruo nocturno, por lo demás totalmente silencioso, destacando las ventajas educativas de aquella presencia.

Hubo quien llegó a hablar de «atentado al patrimonio cultural de la ciudad» como si se hubiese recurrido a medidas represivas; y el orador cosechó una salva de aplausos.

Por otro lado, sobre el problema en sí, prevalecieron finalmente los irrefutables argumentos de los que demasiado a menudo se pertrecha el llamado progreso para dismantelar los últimos bastiones del misterio. Se acusó al Coco de dejar huellas malsanas en los espíritus infantiles, de suscitar pesadillas contrarias a los principios de una correcta pedagogía. También saltaron sobre el tapete motivos de higiene: sí, de acuerdo, el mastodonte nocturno no ensuciaba la ciudad ni esparcía excrementos de ninguna clase, pero ¿quién podía asegurar que no era portador de gérmenes o virus? Tampoco se sabía nada a ciencia cierta sobre su credo político: ¿cómo estar seguros de que sus sugerencias, aparentemente tan toscas y elementales, no ocultasen insidias subversivas?

El debate, en el que no se había admitido a los periodistas dada la delicadeza del tema, terminó a las dos de la madrugada. La propuesta Paudi fue aprobada por una ligera mayoría de cinco votos. En cuanto a su aplicación práctica, fue creada una comisión especial de expertos, de la que Paudi fue nombrado presidente.

Efectivamente: condenar al Coco al ostracismo era una cosa, y otra muy distinta conseguir eliminarlo. Estaba claro que no se podía confiar en su disciplina cívica, más aún cuando ni siquiera se tenía la certeza de que entendiera la lengua. Como tampoco cabía pensar en capturarlo y cederlo al zoo municipal: ¿qué jaula podría contener un animal, si de animal se trataba, capaz de volar a través de las paredes? También había que descartar el veneno: nunca se había sorprendido al Coco en el acto de comer o beber. ¿El lanzallamas entonces? ¿Una pequeña bomba de napalm? El riesgo para los ciudadanos era excesivo.

La solución, en resumidas cuentas, aunque no imposible, se perfilaba como bastante problemática. Y ya Paudi creía ver cómo se le escurría de las manos el codiciado éxito, cuando le asaltó una duda: sí, la composición química y la estructura física del Coco eran desconocidas pero, como acontece con muchas criaturas inscritas en los archivos de las leyendas, ¿no podía quizá ser mucho más débil y vulnerable de lo que se suponía? Quién sabe, tal vez era suficiente un certero disparo en el lugar adecuado, y asunto concluido.

Las fuerzas de orden público, tras la decisión del Pleno municipal refrendada por el alcalde, no podían por menos que colaborar. Fue creada una patrulla especial, dentro de la Brigada móvil, dotada de rápidos vehículos con radiotransmisores. Fue muy sencillo. La única circunstancia extraña: una cierta reluctancia, por parte de suboficiales y agentes, a participar en la batida; ¿era miedo?, ¿era el oscuro temor a violar una puerta prohibida?, ¿o simplemente un nostálgico apego a unos exacerbados recuerdos de infancia?

El encuentro se produjo una noche helada de luna llena. La patrulla apostada en una oscura esquina de Piazza Cinquecento, avistó al vagabundo que navegaba plácidamente a unos treinta metros de altura, como un dirigible quinceañero. Los agentes, metralleta en ristre, avanzaron. No se veía ni un alma. La breve detonación de las ráfagas retumbó, de eco en eco, hasta muy lejos.

Fue una escena extraña. Lentamente el Coco giró sobre sí mismo sin ningún estremecimiento y, patas en alto, se desplomó hasta posarse sobre la nieve. Donde quedó tendido bocarriba, inmóvil para siempre. La luz de la luna se reflejaba sobre su vientre enorme y abultado, reluciente como la gutapercha.

«Algo que preferiría no tener que presenciar por segunda vez», dijo más tarde el remilgado Onofrio Cottafavi. Un manchurrón de sangre se extendió, increíblemente, bajo la mole de la víctima, negra a la luz lunar.

Inmediatamente fueron llamados por teléfono los basureros para la evacuación de los restos. No llegaron a tiempo. En aquellos escasos minutos la gigantesca presencia, como ocurre con los globos tras un pinchazo, empezó a contraerse a ojos vista, se redujo a una pobre larva, más tarde a un gusanito negro sobre la blancura de la nieve, hasta que por último también el gusanito desapareció, disolviéndose en la nada. Quedó tan sólo el infame manchurrón de sangre que antes del alba las mangueras de los barrenderos ya habían hecho desaparecer.

Se dice que en el cielo, mientras la criatura expiraba, resplandecían no una luna, sino dos. Se cuenta que por toda la ciudad se oyeron lamentos de perros y aves nocturnas. Corrió la voz de que muchas mujeres, viejas y niñas, arrancadas del sueño por una oscura llamada, salieron de sus casas, arrodillándose y levantando preces en torno al desdichado. Nada de esto ha sido comprobado históricamente.

De hecho, la luna prosiguió suavemente su viaje prescrito por la astronomía, las horas se sucedieron regularmente una tras otra, y todos los niños del mundo siguieron durmiendo plácidamente, sin imaginarse siquiera que su extravagante amigo-enemigo se había ido para siempre.

Era mucho más delicado y tierno de lo que se creía. Estaba hecho de aquella intangible sustancia que vulgarmente se llama fábula o ilusión: aunque era verdad.

Galopa, huye, galopa, irreductible fantasía. Ansioso por exterminarte, el mundo civilizado te acosa por doquier, nunca más tendrás reposo.

SOLEDADES

LA PARED

Todavía no era de día cuando salimos, el viejo Stratzinger, guía alpino y excelente amigo, mi hermano Adriano y yo, para escalar la pared sudeste de la Ota Muragl en los Alpes Oníricos.

Como es característico de todo ese macizo, se trata de una gigantesca muralla de hielo, roca, arena, tierra, vegetación e incrustaciones artificiales.

Cuando salimos del refugio lloviznaba, y compactas hileras de nubes cubrían por entero las montañas. Confieso que me alegré porque hasta el más empecinado alpinista se alegra, en un primer momento, cuando el tiempo le impide desafiar el peligro, aunque luego lllore lágrimas amargas por la ocasión perdida.

Pero en cambio Stratzinger dijo: «Tenemos suerte, hoy hará un día espléndido». E inmediatamente las madejas de nubes se disolvieron, dando paso a un velo plateado de finísima nieve tras el cual quedaron abiertos de par en par el cielo violeta y la imponente pared de la Ota Muragl, ya inundada de sol.

Nos atamos a la cuerda y emprendimos la ascensión de una empinada quebrada de puro hielo, en la que sin embargo los clavos penetraban como si fuese de mantequilla.

A los lados, sobre los dos escarpados bastiones de roca que cerraban la quebrada, puertas y ventanas se abrían y cerraban, mientras las amas de casa corrían atareadas limpiando, dando brillo, ordenando. Pasábamos tan cerca,

que por fuerza tenían que vernos, aunque eso parecía tenerles sin cuidado.

Toda la pared, por otra parte, estaba poblada de gente que escribía en pequeños despachos, leía, trabajaba, pero la mayoría llenaba con sus charlas los cafés situados en los aleros y en algunas cavernas.

En un momento dado topamos con un peligrosísimo muro hecho de pedruscos rejuntados con hierbajos y raíces. Todo se desmoronaba. Stratzinger propuso regresar. Como los dos hermanos insistimos en seguir, él dijo que entonces era mejor desatarse. Ya que, si uno caía, los otros dos al no poderse liberar de ninguna forma, le seguirían fatalmente en la catástrofe.

Poco después Stratzinger y mi hermano desaparecieron tras un arbotante. Yo me encontré agarrado a un matorral que, retenido únicamente por filamentos vegetales, se balanceaba de una forma horrorosa. A tres metros de distancia, en una concavidad de la pared, un concurrido grupo estaba tomando el aperitivo.

Antes de que el matorral se desprendiese del todo arrastrándome con él al abismo, con un salto desesperado conseguí asirme a un bastidor metálico que sobresalía de las rocas como una ménsula, tal vez destinado a sostener un toldo.

—¡Muy ágil para su edad! —comentó sonriendo un jovencito asomado a la abertura de la gruta.

Aferrado con las manos al bastidor de hierro, el cuerpo oscilando en el vacío, hacía un último esfuerzo por izarme. El matorral, en su descenso, seguía todavía resonando en las profundas entrañas de la vorágine.

Sin embargo, a resultas del peso, el bastidor empezó a doblarse, y a ceder. Estaba claro que iba a romperse. No les habría costado nada, a los del aperitivo, alargarme una mano y salvarme. Pero yo me hacían el menor caso.

Mientras empezaba a caer, en el silencio sagrado de la montaña, pude oírles claramente discutir del Vietnam, del

campeonato de fútbol y del festival de la canción.

LA CONFESIÓN

La señora Laurapaola se hallaba indispuesta en la cama, algo sin importancia, cuestión de tres o cuatro días, había dicho el médico.

Hacía tiempo que sufría estos molestos achaques, pero sus familiares no se lo tomaban muy en serio sosteniendo que era una maniática, e incluso el médico decía que no había motivos para preocuparse.

Por la tarde, mientras estaba medio adormilada, la doncella le anunció al padre Quarzo, del vecino convento de los franciscanos, donde Laurapaola iba asiduamente a confesarse. ¿Por qué habría venido?

—Buenos días, querida hija —dijo el padre Quarzo al entrar—. Pasaba por aquí, estaba haciendo un recorrido en favor de mis pobres niños jocomelíticos, pensaba llamar a su puerta también. Y me dicen que usted... ¡Pero eso no puede ser! Vamos, vamos, ánimo, quiero verla sana y diligente como siempre. ¡Una señora moderna y activa como usted! Pero, a propósito... ¿Cómo es que ya no veo a aquella simpática viejecita que me abría siempre la puerta?

—Ay, no me hable, padre —dijo Laurapaola—. Demasiado vieja, ya no entendía nada, no hacía nada a derechas, he tenido que despedirla.

—¿Cuánto hacía que estaba con usted?

—Quien sabe, desde que nací siempre la he visto en esta casa. Y creo que ya entonces llevaba aquí varios años.

—¿La ha despedido?

—¿Y qué iba a hacer? Por fuerza, padre. Esta casa no es un asilo de ancianos...

—Entiendo, entiendo —dijo el padre Quarzo—. Pero cuénteme, hija mía, ¿qué ha hecho este verano?

Entonces Laurapaola empezó a referir los acontecimientos del verano, el viaje a España, las corridas, la boda de su joven cuñada en Arezzo, luego el crucero en barco, hasta Chipre y Anatolia.

—En agradable compañía, supongo...

—Desde luego, padre. Éramos ocho, si le contase qué días, qué alegría, qué sol, nunca me he divertido tanto.

—O sea que su marido, por fin, se tomó unos días de descanso, ¿no es así?

—Ah, no. Mi marido no soporta el mar. Y además tenía un montón de cosas que hacer, no sé qué congresos en Francia y en Suecia.

—¿Y los niños?

—¡Oh, mis hijos! Se quedaron en el colegio en Suiza, un verdadero paraíso, sabe usted, para ellos aquello son vacaciones todo el año.

Hablaba y hablaba, la nueva casa en Porto Ercole, las clases de yoga («Hasta espiritualmente, padre, uno se siente transformado, ¿sabe?»), el próximo viaje a Saas Fee, la última subasta de cuadros, hablaba y hablaba, todo su rostro aparecía encendido.

El padre Quarzo escuchaba. Sentado, permanecía rígido como una estatua. Ya no sonreía.

—Hija mía —dijo al fin— ya ha hablado bastante, no querría que se fatigase —se levantó cuan largo era—. Ahora le daré la absolución.

—¿Cómo?

—¿No la quiere, hija mía?

—Oh, no, padre... Al contrario, gracias... Pero no comprendo...

—*In nomine Patris et Filii* —empezó el padre Quarzo, con expresión severa. Y también ella entrelazó sus manos.

Así Laurapaola supo que había llegado su hora.

LA AUTOPISTA

Viajaba solo, a eso de las dos de una tarde de julio, por la autopista del Sol, en el tramo comprendido entre Parma y Fidenza.

Era esa hora embrutecedora y pesada de la somnolencia y de los espejismos. Apenas circulaban coches.

De pronto observé distraídamente, avanzando en sentido contrario por el otro carril, un enorme vehículo de color blanco, en cuyo interior no parecía haber nadie.

Pensé que no había visto bien o que en aquel momento el conductor se habría agachado, resultando invisible.

Pero un escalofrío recorrió mi espina dorsal: un coche deportivo gris metalizado —y reconocí claramente la marca— me adelantó rozándome casi: dentro no había ni un alma.

Dos, tres, cinco coches más, con los que me crucé poco después, estaban igualmente vacíos: automóviles fantasmas que procedían regularmente y que en los adelantamientos encendían el intermitente, como es de rigor.

La impresión me dejó paralizado. ¿Me había dado un mareo? ¿Sufría alucinaciones? Sobresaltado aminoré la marcha, deteniéndome en el carril de la derecha, al borde de la carretera. Y descendí, trastornado. En aquel momento pasó una furgoneta con el techo rebosante de equipajes, incluido un cochecito de recién nacido. Toda una familia, probablemente, que se iba de vacaciones. Pero la familia, dentro, brillaba por su ausencia.

¿Qué había pasado? ¿Qué encantamiento de soledad se había producido para que, en la comarca, las personas, a pesar de existir, desapareciesen? En aquel momento alcancé a oír desde un grupo de árboles, algo apartado, un canto persistente de cigarras.

Miré en derredor. No se veía ni una sola casa. El campo dormía abotargado bajo el sol. Algo más abajo, al otro lado de la valla metálica de separación, un riachuelo seco, paralelo a la autopista. En la orilla opuesta, un pequeño claro de prado rodeado de matorrales.

Mientras, confuso, consideraba la absurda situación, algo se movió al otro lado del riachuelo. Miré. De los matorrales había salido un perro negro, de mediana estatura, que, con paso inseguro, se dirigía hacia el foso.

Tuve una iluminación. ¡Pero ése era Moro, mi perro, que había dejado hacía dos días en la casa de campo, viejo y achacoso!

Era casi ridículo, y sin embargo le llamé: ¡Moro, Moro! Era evidente que no podía ser él, a más de doscientos kilómetros de distancia a vuelo de pájaro.

Sin embargo el perro durante unos instantes me miró y me pareció que movía la cola.

¡Moro, Moro! Volví a llamarle. Pero ya no respondía. Temblando, empezó a dar vueltas sobre sí mismo como hacen justamente los perros antes de acurrucarse. Se acurrucó de hecho, derrumbándose, como si le hubiesen abandonado todas sus fuerzas.

Pobre bicho, pensé. Había venido, como hacen los animales, a morir en solitario y yo le había desbaratado ese último consuelo.

Se quedó hecho un ovillo, luego con dos o tres neuróticas contracciones se desplomó sobre un costado, las patas tiesas. Todavía intentó levantar el morro con un tierno aullido, luego volvió a dejarlo caer y permaneció inmóvil.

A mis espaldas un run run de motos. Eran dos agentes de la policía de carreteras.

—No es conveniente detenerse aquí, señor —dijo uno—. Para eso están las áreas de descanso. ¿O es que necesita algo?

—No, nada, gracias —balbuceé, recuperándome.

Pasó un cupé, zumbando, al volante iba un tipo gordo y sanguíneo en mangas de camisa. Pasó un seiscientos, conducido por una señora mayor. ¿Volvía todo a ser normal?

Entonces miré el prado, al otro lado del riachuelo. Aparecía sosegado y desierto, del perro no quedaba ni rastro.

(Más tarde supe que a aquella misma hora Moro se había ido a morir, solo solito, a la orilla del Piave, a más de doscientos kilómetros de distancia).

EL SEPULCRO DE ATILA

Después de veinte años, treinta años, cuarenta años de investigaciones, finalmente Giovanni Tassol ha descubierto, en el corazón de la Selva Norte, el legendario sepulcro de Atila, es la gran victoria de su vida.

Había oído hablar de él por primera vez, cuando era un niño, de labios del profesor de cuarto elemental, Giorgio Nicara (que ya no existe), y aquella misma noche había manifestado a su padre (que ya no existe) su intención de ser arqueólogo explorador.

También su más íntimo compañero de escuela Enrico Ermogene (que ya no existe) había concebido idéntica pasión y juntos habían ido a ver al famoso geógrafo Azzolina (que ya no existe) para preguntarle si por casualidad conservaba algún antiguo mapa geográfico de la Selva Norte, y Azzolina (que ya no existe) les había mostrado uno, pero estaba equivocado.

Luego vinieron los años de intensos estudios, hasta que el profesor Sullavita (que ya no existe) le nombró su ayudante, encomendándole, junto al otro joven licenciado Nicola De Merzi (que ya no existe) un primer recorrido a lo largo del presumible trazado de la Vía Olobrona que anti-